

## San Macario, monje: Carta a sus discípulos<sup>1</sup>

### Introducción

La *Carta* de san Macario de Egipto a sus discípulos, por varios motivos, reviste una gran importancia. Junto con los apotegmas, la *Carta* es la única obra literaria que, con buena probabilidad, se puede considerar auténtica. Por otra parte, su contenido enfrenta un tema central: la relación entre los esfuerzos del asceta y el auxilio divino en el camino espiritual. Y enfrenta este tema antes del inicio de la controversia pelagiana, es decir, sin las interferencias polémicas que frecuentemente deforman y rigidizan las doctrinas. Otro motivo de interés es la amplia difusión del escrito, especialmente, en Occidente.

### I. Autor y características textuales de la carta

San Macario de Egipto<sup>2</sup>, llamado también el Grande, nació hacia el año 300 en una aldea del alto Egipto, sus principales datos históricos los encontramos en la *Historia Lausiaca*. Luego de advertir la existencia de dos Macarios, Paladio afirma: «Primero hablaré del de Egipto, que vivió 90 años. De ellos, vivió 60 años en el desierto, al que llegó joven, de 30 años. Poseía tal discernimiento que fue llamado el niño-anciano (*paidariogevronta*). Por ello hizo rápidos progresos. Teniendo 40 años recibió la gracia de expulsar espíritus, de sanar y de predecir. Fue juzgado digno del sacerdocio» (*Hist. Laus.*, 17). La *Historia Monachorum* y los *Apotegmas* nos enseñan que Macario fue discípulo de san Antonio (Rufino, *Historia Monachorum*, 28; *Apotegmas*, 457; 479). Se retiró al desierto de Escete, volviéndose el héroe espiritual de dicha colonia monástica, fundada por Ammón. Durante la crisis arriana sufrió un breve destierro y falleció el año 390. La tradición posterior ha confundido la memoria de Macario de Egipto con la de su contemporáneo y homónimo, Macario de Alejandría<sup>3</sup>.

El texto no posee la forma epistolar. No se encuentran ni los saludos, ni las despedidas, habituales en una carta. Por otra parte, el escrito siempre se mantiene en el ámbito de la generalidad: casi no aparecen características propias del autor, ni hay referencias específicas al destinatario, se habla genéricamente «del hombre». Pero, en este carácter forzosamente genérico, se percibe que el autor, sin decirlo, habla de sus propias experiencias. Dom Wilmart considera que se trata, más bien, de un discurso espiritual que tiene por objeto instruir y animar a los candidatos a la vida ascética. El género más próximo al de nuestro opúsculo es el de los Apotegmas, es decir un tipo de literatura rudimentaria que busca poner por escrito las palabras y obras edificantes protagonizadas por los maestros espirituales. Según A. Wilmart, la *Carta* pudo ser un apotegma que, por sus dimensiones, circuló independientemente de las colecciones. A. Louf, por su parte, afirma que puede ser un

<sup>1</sup> Introducción, traducción y notas del P. Samuel Fernández E., sacerdote de la arquidiócesis de Santiago de Chile, que se ha especializado en patristica. Publicada en *Cuadernos Monásticos* n. 126 (1998), pp. 315-321.

<sup>2</sup> Cf. A. WILMART, *La Lettre spirituelle de l'Abbé Macaire, Revue d'Ascétique et de Mystique*, I (1920) pp. 58-83; A. LOUF, *Saint Macaire l'Égyptien. Lettre a ses fils*, en *Lettres des Pères du désert* (Spiritualité Orientale, n° 42), Abbaye de Bellefontaine 1985, pp. 61-81; J. QUASTEN, *Patrología*, (BAC 217), Madrid 1985, vol. II, pp. 176-183; J. GRIBOMONT, *Macario de Egipto* en *Diccionario patristico y de la antigüedad cristiana*, Salamanca 1992, p. 1329. Los Apotegmas de Macario se encuentran en PG 34, cols. 236-261, para la traducción española, ver M. ELIZALDE (Ed.), *Los dichos de los Padres del desierto. Colección alfabética de los apotegmas* (Orígenes cristianos, n° 4), Buenos Aires 1986, pp. 140-153 (los Apotegmas serán citados de acuerdo a la numeración continua de la colección alfabética).

<sup>3</sup> Cf. J. GUILLAUMONT, *Le problème des deux Macaires, Irénikon* 48 (1975) pp. 41-59.

conglomerado de pequeñas sentencias que insisten en el mismo esquema, ordenadas por un redactor final, de acuerdo a un plan preciso. El tipo de prácticas espirituales y de tentaciones, sugieren «el eremitismo mitigado del Egipto septentrional, un medio amorfo, sin “regla”, donde el alma, abandonada a ella misma y a Dios, no encuentra otra guía que la enseñanza de los ascetas experimentados»<sup>4</sup>.

La tradición manuscrita es constante en atribuir el opúsculo a san Macario. Más tarde, Genadio en su *De viris illustribus*, atribuye al monje de Egipto una obra que, sin duda, se identifica con la nuestra: «Macario, aquel de Egipto, se distinguió por sus milagros y virtudes; escribió una sola carta, que la dirigió a los más jóvenes de su profesión. En ella se les enseña que puede servir a Dios perfectamente quien, conociendo su condición de creatura, se dedique a toda clase de trabajos y, luchando contra todo lo que es agradable en esta vida, implorando al mismo tiempo la ayuda de Dios y logrando también la pureza natural, obtenga la continencia, como un don merecido de la naturaleza»<sup>5</sup>. Por otra parte, cabe destacar la semejanza doctrinal de la *Carta* y de los apotegmas y otros textos que llevan el nombre de Macario de Egipto. Por estos motivos, A. Wilmart y A. Louf son partidarios de la autenticidad del escrito, mientras J. Quasten y J. Gribomont expresan sus reservas<sup>6</sup>.

La tradición manuscrita del presente opúsculo es difícil de reconstruir. A. Wilmart supuso un original griego, hasta entonces perdido; mientras A. Louf se pregunta si acaso el original es copto. En todo caso existen varias traducciones antiguas. Hay una antigua versión griega, una traducción siríaca, otra armenia y, naturalmente, la antigua traducción latina, editada por Dom A. Wilmart. El texto latino sirve de base a la presente traducción española. La versión latina debe datar de la primera mitad del siglo V, puesto que Genadio de Marsella, hacia el 470, hace una clara referencia a ella. El estilo de la versión es duro y monótono, ello obliga al traductor a tomarse algunas libertades, en especial en lo que se refiere a la *consecutio temporum*. En todo caso, sin descuidar el *cursus* de la lengua española, se ha preferido una versión más bien literal, lo que exige una mayor atención por parte del lector.

## II. Contenido de la *Carta*

Se trata de un pequeño tratado que traza un itinerario de progreso espiritual, desde el comienzo de la búsqueda de Dios hasta la posesión del Espíritu Santo: el Señor, por múltiples caminos, conduce al hombre a reconocer su total dependencia del Creador.

Tal vez, lo más característico del opúsculo son las diversas estrategias asumidas por Dios y por los enemigos, con el fin de conquistar al hombre. Tal es así, que los protagonistas del drama son, en primer lugar Dios, luego, los enemigos, y solo en tercer lugar el hombre. Estas estrategias se adaptan a la situación específica del cristiano. Es decir, Dios y los enemigos actúan de modo diverso según el estado espiritual del hombre, por esto, el eje del tiempo tiene una gran relevancia en la trama del escrito. Esto se manifiesta en la abundancia de adverbios y conjunciones de valor temporal (*tunc; post; cum*). La acción de Dios se adecúa a la situación concreta del hombre al que quiere beneficiar, por ello, el tono hipotético es dominante en el texto<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> A. WILMART, *o.c.*, p. 60.

<sup>5</sup> Genadio en su *De viris illustribus*, c. 10 (PL 58, cols. 1065-1066).

<sup>6</sup> Cf. A. WILMART, *o.c.*, pp. 60-63; A. LOUF, *o.c.*, pp. 63. 65: «La lettre à ses fils, qui a toutes les chances d'être authentique... La paternité du Grand macaire d'Égypte, universellement attestée par les manuscrits, semble aussi pouvoir être maintenue aux yeux de la critique»; J. QUASTEN, *o.c.*, p. 181: «Su autenticidad no es segura en absoluto»; J. GRIBOMONT, *o.c.*, p. 1329: «La *Carta espiritual* del abad Macario... podría ser atribuida a Macario el Grande».

<sup>7</sup> La estructura básica es la siguiente: *Si* + subj. perf... *tunc* + fut. imp. Esto se traduce en el siguiente esquema: *Cuando [haya sucedido tal cosa], entonces [se realizará tal otra]*.

Por causa de la diversidad de las situaciones, Dios actúa diversamente, al punto que se le atribuyen acciones contrarias: Dios concede al hombre el arrepentimiento (§ 1), luego lo prueba (§ 4), y después lo conserva inmaculado (§ 7); Dios concede la capacidad de superar a los enemigos (§ 9), pero también concede que los enemigos lo ataquen (§ 10); y, sobre todo, el mismo Dios envía al hombre la fuerza santa (§ 9), luego, gradualmente, se la quita (§ 10), más tarde, le envía la fuerza santa (§ 11), pero, por el desprecio, la fuerza que le había sido conferida, se aleja (§ 15), finalmente, si se convierte, la protección de Dios descansa sobre él (§ 15). Esta curiosa «estrategia» propone el problema de la bondad divina: *Si Dios es bueno, ¿por qué quita al hombre la fuerza santa, que lo asistía?, si es bondadoso, ¿por qué concede a los enemigos que lo ataquen?, y ¿por qué prueba al hombre?* Estas interrogantes explican la insistencia del autor en la bondad de Dios. Esto se hace evidente en los apelativos divinos: *el buen Dios* (§ 1); *por su bondad* (§ 2); *el buen Dios* (§ 7); *el Dios bueno y misericordioso* (§ 9); *el Dios bueno y clemente* (§ 10); *el Dios amante de los hombres, que se preocupa de su creatura* (§ 11); *el buen Dios* (§ 12). Justamente, ante un actuar tan paradójico de Dios, se hace necesario insistir en su bondad. En definitiva, la bondad divina se muestra en que todas estas estrategias, por duras que sean, tienen por objetivo el beneficio del hombre.

Dios busca beneficiar al hombre con el don del Espíritu Santo<sup>8</sup>, posibilitando así la vida virtuosa. Pero este don contiene un riesgo: el hombre puede pensar que la vida virtuosa que lleva es fruto de sus propias fuerzas. Para evitar eso, Dios le quita al hombre la fuerza santa con que lo asistía y le permite así experimentar su fragilidad. Cuando el hombre no puede más ante los ataques del enemigo, entonces Dios vuelve a enviarle el Espíritu Santo (§ 9); y una vez que su corazón se hace más fuerte que sus enemigos, entonces Dios le quita su auxilio, para que experimente su fragilidad, hasta que se parezca a «*una nave sin capitán que se estrella aquí y allá contra las rocas*» (§ 11). Dios nuevamente lo fortalece, pero si el hombre no valora el don del Espíritu Santo, el auxilio divino se aleja de él y queda a merced de los enemigos (§ 15), pero, si se convierte, nuevamente recibe la protección de Dios. Estas experiencias de la propia fragilidad conducen al hombre a comprender que solo Dios es el que da la fuerza (§ 12) y a reconocer que en Dios está su vida (§ 16). En otro documento, San Macario invita a *arrojarse ante Dios, a no poner la confianza en uno mismo, sino a esperar en el auxilio divino, puesto que, en verdad, es Dios quien nos salva, y luego afirma: «Somos débiles y sabemos que el auxilio viene de Nuestro Señor Jesucristo»*<sup>9</sup>. También en los Apotegmas encontramos una oración, en labios de Macario, que dice: «*Oh Dios, tú sabes que no puedo más*»<sup>10</sup>.

Se destaca también un rasgo característico de la antropología espiritual alejandrina, a saber, la inestabilidad moral del hombre: aún el más experimentado, aquél que ha establecido una alianza con el Espíritu Santo, es susceptible de despreciar el don de Dios y perder el auxilio divino; pero, si se convierte, es también capaz de volver a recibirlo. Este combate espiritual es iluminado por la revelación de las realidades futuras, es decir, los castigos propios de los pecadores y los bienes celestiales que aguardan a los santos (§§ 3.13).

Una estrategia análoga se observa en el modo de actuar de los enemigos. Las tentaciones sugeridas también son contradictorias. En un momento recuerdan al hombre sus muchos pecados y le preguntan: *¿Cuántos pecados te pueden ser perdonados por Dios?* (§ 4), pero, a continuación, le

<sup>8</sup> Respecto de la identidad del Espíritu Santo, se da un proceso de explicitación. Al principio, para nombrarlo, se habla genéricamente de una *fuerza santa* (§§ 9.10.11), pero, después, es llamado explícitamente Paráclito y Espíritu Santo (§§ 11.13.14.15.17). Cf. Ps. MACARIO, *Sermones*, IV,17,1; XIII,1,2; XXVI,1,15.

<sup>9</sup> Se trata de algunos pasajes de la Vida copta de San Macario. Los textos en A. LOUF, *o.c.*, p. 69.

<sup>10</sup> *Apotegmas*, 467, trad. M. ELIZALDE, *o.c.*, p. 145.

sugieren la tentación contraria, le dicen: *Sin duda pecaste, pero hiciste penitencia; ya eres santo* (§ 5) y procuran que algunos hombres lo alaben (§ 6). Es decir, por una parte, intentan conducir al asceta a un estado de desánimo (hoy, tal vez, lo llamaríamos, depresión), mientras, por otra, pretenden hacerlo caer en la autocomplacencia y en la vanagloria. Además, a veces, le hacen ver la dificultad de conducir una vida virtuosa (§§ 4.8.9), mientras, en otras ocasiones, lo incitan a realizar hazañas ascéticas que no es capaz de sobrellevar; y lo que es más sorprendente, le conceden la fuerza para llevar esto a cabo (§ 6).

Entre las tentaciones sugeridas por los enemigos, una es característica de este escrito: «*La largura del tiempo*». En diversas ocasiones, los enemigos recuerdan al asceta que el tiempo es largo: *¿Cuánto tiempo podrás soportar este esfuerzo?* (§ 4); la vida virtuosa parece imposible, justamente, por la largura del tiempo (§ 8). En contraste con la Escritura que, declara que la vida es breve, los enemigos insisten en que la vida es demasiado larga. Junto a ésta, se encuentran las tentaciones clásicas: la falta de confianza en el perdón divino (§ 4), la fragilidad de la naturaleza (§§ 4.8), la vanagloria (§§ 5.6.10), la falta de medida en la vida ascética (§ 6), las concupiscencias de la carne (§§ 8.10.15) y la dificultad de las virtudes (§ 8).

Llama la atención que la identidad de los enemigos se va haciendo más explícita en la medida que se desarrolla el escrito. En un primer momento, se habla genéricamente de «los pensamientos». Se trata de «pensamientos» que revisten, como en algunos apotegmas<sup>11</sup>, características personales: sugieren tentaciones (§§ 4.5), se encargan que el asceta sea adulado y conceden la facilidad para realizar obras excesivas (§ 6); más tarde, se explicita que se trata de «malos pensamientos», también con rasgos personales (§ 8); y, finalmente, se habla, de modo manifiesto, de «los enemigos» (§§ 9.10).

En resumen, el mensaje central de la *Carta* es el siguiente: la fidelidad es un don que Dios concede a aquellos que, por el reconocimiento de su propia fragilidad, se disponen a recibir este don. En definitiva, la experiencia espiritual de Macario se puede comparar a la de aquél que escuchó: «*mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza*», y que por ello exclamó: «*cuando soy débil, entonces soy fuerte*» (2 Co 12,9-10).

## Traducción

### *Carta de San Macario, monje, a sus discípulos*<sup>12</sup>

1. En primer lugar, cuando el hombre haya comenzado a conocerse a sí mismo –por qué ha sido creado– y haya buscado a Dios, su Creador, entonces empezará a arrepentirse de lo que cometió durante el tiempo de su negligencia<sup>13</sup>. Sólo así, el buen Dios le concede tristeza por los pecados. 2. Luego, nuevamente por su bondad, [Dios] le da la aflicción del cuerpo –en ayunos y vigiliass–, la constancia en la oración y el desprecio del mundo; que soporte de buena gana los ultrajes que le infligen, que tenga aversión a cualquier alivio corporal y que ame más el llanto que la risa. 3. Después de esto, le concede el deseo de las lágrimas y el llanto, el abatimiento del corazón y la humildad; que se fije en la viga de su ojo, que no se esfuerce por descubrir la brizna ajena, y que siempre diga: «*Porque yo conozco mi injusticia, y mi pecado está siempre ante mí*» (Sal 50 [51],5).

<sup>11</sup> Los pensamientos (*logismoi*) con rasgos personales, se encuentran en *Apotegmas*, 456; 486.

<sup>12</sup> Traducimos el texto latino establecido críticamente por A. WILMART, *La Lettre spirituelle de l'Abbé Macaire, Revue d'Ascétique et de Mystique*, I (1920) pp. 72-75. Título original: *Epistola Sancti Macarii monachi ad filios*. El texto también se encuentra en PG 34, cols. 405-410.

<sup>13</sup> En ámbito origeniano, la negligencia es la causa de la caída original.

También [le concede] que tenga siempre en mente el día de su partida y de qué modo se presentará ante la mirada de Dios. Que además se represente en su mente tanto los juicios como las penas, sin olvidar las recompensas y los honores que les corresponden a los santos.

4. Pues bien, cuando haya visto que esto es dulce para él, lo prueba, [a ver] si renuncia a los placeres y resiste a los adversarios, los príncipes de este mundo, aquellos que anteriormente lo habían vencido. También [lo prueba a ver si renuncia] a los deleites del alimento variado que debilitan el corazón. De modo que casi pueda ser vencido por el cansancio del cuerpo y la largura del tiempo, en circunstancias que los pensamientos le sugieren: «¿Cuánto tiempo podrás soportar este esfuerzo?»; también: «Cualquiera requiere un duro trabajo para merecer la inhabitación divina, pero mucho más tú, que has pecado tanto»; y «¿Cuántos pecados te pueden ser perdonados por Dios?». 5. Cuando [Dios] haya comprobado que el corazón del [hombre] es firme en el temor de Dios y que no abandona su lugar, sino que resiste de modo más vigoroso, entonces le vienen pensamientos que, so pretexto de justicia, le dicen: «Sin duda pecaste, pero hiciste penitencia; ya eres santo»<sup>14</sup>. Y lo hacen acordarse de aquellos hombres que no han hecho penitencia por sus pecados, sembrando en su corazón la vanagloria. 6. Y no sólo eso, también procuran que ciertos hombres lo alaben astutamente y que lo induzcan a obras que no es capaz de sobrellevar, introduciéndole los pensamientos de no alimentarse, de no beber, también de no dormir, y muchos otros que sería largo enumerar. E incluso le conceden la facilidad para llevar esto a cabo, por si acaso de este modo lo seducen. Ante esto, la Escritura advierte diciendo: «No te inclinarás ni a derecha ni a izquierda, sino que recorrerás el camino recto» (Pr 4,27.26). 7. Cuando el buen Dios haya visto que su corazón no se entregó a ninguno de ellos, como dice David: «Probaste mi corazón y me visitaste de noche –refiriéndose, de este modo, a las tentaciones–, me examinaste con fuego y la iniquidad no fue hallada en mí» (Sal 16 [17],3), entonces lo mira desde su santo cielo y lo conserva siempre inmaculado. Investigando por qué ha dicho «de noche» y no «de día», resulta claro que es porque las asechanzas del enemigo se dan por la noche, tal como dice el bienaventurado Pablo que nosotros no somos hijos de las tinieblas sino de la luz (1 Ts 5,5), porque el Hijo de Dios es el Día, mientras el diablo se asimila a la noche<sup>15</sup>.

8. Cuando el alma haya superado todos estos combates, entonces los malos pensamientos comienzan a sugerirle el deseo de la fornicación y las relaciones aberrantes. En estas [circunstancias], el alma se debilita por todos lados y el corazón desfallece, al punto que crea que le es imposible la custodia de la castidad, haciéndole recordar, como dije, la largura del tiempo y la fatiga de las virtudes (que el peso de ellas es grande e insoportable) y sugiriéndole la debilidad del cuerpo y la fragilidad de la naturaleza. 9. Pero si se agota ante estos ataques<sup>16</sup>, entonces el Dios bueno y misericordioso le envía la fuerza santa, fortalece su corazón y le da la alegría, el consuelo y la capacidad de ser hallado más fuerte que sus enemigos, para que el ataque de ellos –que temen la fuerza que habita en él– no prevalezca, tal como lo dice también San Pablo: «combatan y recibirán la fuerza»<sup>17</sup>. A esta fuerza, en efecto, se refiere el bienaventurado Pedro cuando dice: «una herencia

<sup>14</sup> La proposición de tentaciones contrarias es una estrategia típica del demonio. En el Apotegma 456, se lee un interesante diálogo, Macario ve a Satanás que viene con muchas ampollas, que representan las distintas tentaciones: «Le dijo el anciano: “¿Y llevas tantas?”. Respondió: “Sí, porque si alguno no gusta de una, le presento otra, y si tampoco gusta de ésta, le doy otra. De todos modos, alguna le habrá de gustar”» (trad. M. ELIZALDE, o.c., p. 142).

<sup>15</sup> El procedimiento exegético de confrontar textos bíblicos afines e iluminar un versículo con otro es característico de los alejandrinos.

<sup>16</sup> El texto latino dice: «Pero si no se agota ante estos ataques». Pero traducimos de acuerdo la variante señalada por A. Louf, porque está atestada por algunos manuscritos latinos, por la versión griega, y porque es más coherente con el contexto.

<sup>17</sup> Es difícil establecer la citación. Cf. Hch 1,8; Col 1,29.

*incorruptible e inmarcesible, reservada en el cielo para ustedes que, en la fuerza de Dios, son custodiados por la fe» (1 P 1,4-5).*

10. Luego, el Dios bueno y clemente, cuando haya visto que su corazón se hace más fuerte que sus enemigos, entonces, gradualmente, le quita la fuerza que lo asistía, y concede a los enemigos que lo ataquen con las diversas concupiscencias de la carne, con la pasión de la vanagloria y con las tentaciones de la soberbia y de los demás vicios que arrastran a la perdición, al punto que se asemeja a una nave sin capitán que se estrella aquí y allá contra las rocas<sup>18</sup>. 11. Pero, en estas [circunstancias], cuando su corazón se haya marchitado y, por así decirlo, haya flaqueado ante cada tentación del enemigo, entonces el Dios amante de los hombres, que se preocupa de su creatura, le envía la fuerza santa y lo fortalece, sometiendo su corazón, su alma, su cuerpo y todas sus entrañas al yugo del Paráclito, a propósito del que dice: «*Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón*» (Mt 11,29)<sup>19</sup>. 12. Sólo así, el buen Dios comienza a abrir los ojos del corazón del [hombre] para que comprenda que Él es el que fortalece. Entonces, el hombre comienza a conocer verdaderamente el honor que se debe dar a Dios, con toda humildad y acción de gracias, tal como dice David: «*Un espíritu contrito es un sacrificio para Dios*» (Sal 50 [51],19). A partir de esta fatiga en el combate, se produce la humildad, el abatimiento y la mansedumbre. 13. Una vez que haya sido probado en todo esto, entonces el Espíritu Santo comienza a revelar las realidades del cielo<sup>20</sup>, es decir, lo que está destinado –por justicia y mérito– a los santos y a los que esperan en su misericordia. Entonces, el hombre reflexiona dentro de sí aquella [sentencia] apostólica, diciendo: «*Los sufrimientos de este tiempo no tienen proporción con la gloria futura que será revelada en nosotros*» (Rm 8,18); y aquella de David: «*Pues ¿qué hay para mí en el cielo?, y, fuera de ti, ¿qué he deseado sobre la tierra?*» (Sal 72 [73],25). Es decir, ¡Oh Señor, cuánto me has preparado en el cielo!, y yo, fuera de ti, ¿qué buscaba en la vida mortal? Y asimismo le comienzan a ser revelados los tormentos que les toca padecer a los pecadores, y muchas otras cosas que el varón santo comprende, aún si yo callo. 14. Después de todo esto, en efecto, el Paráclito comienza a establecer una alianza con la pureza de su corazón, la firmeza de su alma, la santidad de su cuerpo y la humildad de su espíritu. Y hace que él supere a toda creatura, en modo que su boca no hable de las obras de los hombres, que con sus ojos vea lo recto, que en su boca ponga un guardia, que con sus pasos recorra el camino recto, que posea la justicia de sus manos, es decir, de las obras<sup>21</sup>, y la constancia en la oración; también la aflicción del cuerpo y la frecuencia en las vigias. Y dispone en él todo esto con medida y discernimiento; no en la perturbación, sino en el reposo.

15. Pero si su mente desprecia el plan del Espíritu Santo<sup>22</sup>, entonces, la fuerza que le había sido conferida, se aleja; y de este modo se producen disputas y perturbaciones en su corazón. Las pasiones del cuerpo, debido a los ataques del enemigo, lo perturban a cada momento. 16. Sin embargo, si su corazón se convierte y observa los preceptos del Espíritu Santo<sup>23</sup>, la protección de

<sup>18</sup> Cuando el hombre, fortalecido por el Espíritu, se hace más fuerte que sus enemigos, entonces Dios, pedagógicamente, le quita su auxilio, para que experimente su propia dificultad.

<sup>19</sup> De acuerdo con esto, Jesús, que es conducido por el Espíritu Santo, llama «*mi yugo*» al Paráclito.

<sup>20</sup> Siguiendo a A. Louf, preferimos la variante *caelestia* que se encuentra en dos manuscritos latinos y en la versión griega, sobre *ecclesiam* que aparece en el manuscrito principal y que es adoptada por A. Wilmart.

<sup>21</sup> Las manos como símbolo de las obras es un tema que se encuentra en Orígenes: «La mano seca» (Lc 6,8) significa la mano «ociosa para obrar el bien»: *Homilias en Isaías VI,4* (GCS, VIII 275,6-7). La mano fracturada es la del pecador que no obra el bien, «puesto que la mano y el brazo son símbolo de las obras»: *Homilias en los Salmos 36,III,VII* (Orígenes, *Omelie sui Salmi*, E. PRINZIVALLI, Firenze 1991, p. 136,18-19).

<sup>22</sup> Latín: *dispositio Sancti Spiritus*.

<sup>23</sup> «*Observar los preceptos del Espíritu Santo*» significa dejarse guiar interiormente por el Espíritu Santo. Como bien observa A. Louf, a partir del conjunto de la Carta y la primera Carta de San Antonio, «*los preceptos del Espíritu Santo*» no deben ser comprendidos como reglamentos positivos, sino como la guía interior ejercida por el Espíritu divino. El

Dios [nuevamente] descansa sobre él. Entonces el hombre reconoce que es bueno estar unido a Dios sin interrupción, puesto que en Él está su vida, y dice: «*Te invoqué y me sanaste*» (Sal 29 [30],3), y también: «*Porque junto a ti está la fuente de la vida*» (Sal 35 [36],10).

17. En resumen, según mi parecer, a no ser de que el hombre posea una gran humildad (que es la cumbre de todas las virtudes) y que ponga un guardia en su boca y el temor de Dios en su corazón, y que no se considere superior en lo que demuestra que aventaja a los demás (como si algo de bueno hubiera hecho), en modo que soporte de buena gana los ultrajes que le infligen y presente la otra mejilla al que lo golpea, que se lance con violencia sobre cada obra buena y la arrebate, y que lleve su alma en sus manos, como si cada día fuera a morir; [a no ser de] que considere vano todo lo que se ve bajo este sol y diga: «*Deseo morir y estar con Cristo*» (Flp 1,23), y «*Para mí la vida es Cristo, y el morir, una ganancia*» (Flp 1,21), no podrá observar los preceptos del Espíritu Santo<sup>24</sup>. Amén.

---

régimen de los mandamientos impuestos desde afuera es sobrepasado y el alma es conducida bajo la dirección del Espíritu Santo (o. c., pp. 67-68).

<sup>24</sup> Es decir, *no podrá ser conducido por el Espíritu Santo*. Cf. la nota anterior.